

de «Epístolas y Poemas» (1885) y «Abrojos» (1887) se acomodan a la tradición española. Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce, Becquer y Bartrina habían sido objeto de estudio y de cuidado extremos para el joven poeta. Estas obras no atrajeron grandemente la atención del público en España. En 1888 dió a la prensa un volumen titulado «Azul», que hubo de caer en manos de Juan Valera, y el crítico veterano que, conservando su amor a la poesía, se había negado a aceptar el veredicto popular contra sus propios versos, saludó a «Azul» con palabras de elogioso entusiasmo, no sin manifestar su inquietud ante algunos síntomas revolucionarios fáciles de discernir en el libro. De éstos dió cuenta representándolos como el resultado del mal ejemplo de los escritores franceses contra los cuales lanzó los convencionales anatemas de usanza. Darío, empero, no se cuidó gran cosa de las amonestaciones del crítico, su manera se hizo más y más conspicua en el sentido desaprobado por Valera, y al fin el discreto español que no tenía marcada predilección por el ejercicio de nadar contra las corrientes de la opinión, se recogió de nuevo en un malhumorado silencio. ¿Cuál es, podemos preguntarnos, el rasgo diferencial por excelencia en la obra poética de Darío? Sus logros en el campo de la prosodia. Sus precursores se habían limitado en rigor a las formas socorridas del endecasílabo, el octosílabo y el heptasílabo. Darío aumentó considerablemente el número de los metros aceptados y aceptables en España; popularizó los versos de nueve y de doce sílabas, renovó la flexibilidad del anticuado alexandrino cambiando los acentos y alterando la cesura; resucitó el exámetro que había sido puesto en olvido desde los tiempos de Villegas en el siglo XVII, y finalmente tuvo la osadía de trasplantar a España el «vers libre» (en que cambia el número de pies, pero sin alterar el pie mismo), y el tipo en que el número de sílabas y pies varía frecuentemente. Renovó el vocabulario poético, desterró las frases gastadas y baladíes, y, en suma, logró éxito allí donde Becquer había encallado. Con todo, siguió siendo un buen hispanoamericano, sin dejar de ser un buen europeo y un buen español. Es un representativo de los dos continentes, se le saluda a un mismo tiempo como ciudadano argentino, y, según ha de mostrarlo su estatua en el Buen Retiro, como un tipo de verdadero español».

B. SANÍN CANO

(*La Nación*, Buenos Aires).

Envío de L. Durán, Buenos Aires.

Palabras dirigidas a los jóvenes de la Escuela Normal ⁽¹⁾

Esta alocución es parte de una serie que en breve publicará el señor Tovar en las EDICIONES DE AUTORES COSTARRICENSES. Todos los que han saboreado la elegancia y la profundidad con que el señor Tovar habla en público, a los jóvenes de la Escuela Normal sobre todo, apreciarán en justicia la serie de que se habla. Espérenla, pues.

JÓVENES:

HAY muchos títulos con los cuales se les puede honrar a Uds., pero este de jóvenes lo llevan como una luz en el alma y como una corona de laurel en la frente. Es el más preciado distintivo de sus días presentes. Los semidios nacían, acaso, de esta época de madurez del hombre, de la espléndida madurez de todas las fuerzas y condiciones nobles del hombre. Hacia ustedes miran los que nacen, con glorioso orgullo, y los que han pasado los términos de la juventud y no supieron conservarla, tornan a ustedes su melancólica mirada envidiando lo que perdieron. La vida tiene en ustedes la clave de sus secretos destinos y lo que hay de superior en ella o fuera de ella, no tiene explicación sino delante de un joven. Los cielos eligen sus heraldos entre los jóvenes, porque la juventud es también reveladora de lo que distingue a las cosas divinas, de lo perfecto en belleza y en eternidad. La juventud es la vida misma: la infancia es bella, pero es una simple posibilidad de vivir, y una vejez virtuosa también es agradable, pero no pasa de ser una posibilidad de la muerte y cuando más una compasiva reminiscencia de lo que el hombre deja forzosamente en las manos fugaces del tiempo.

Yo he elegido adrede, esta palabra pristina, para saludarlos: con ella hago el mejor elogio de ustedes y evoco los hados propicios en favor de la patria. Porque precisamente lo que anhela la patria, son jóvenes, para realizar sus presentes esperanzas y para labrar su porvenir.

Jóvenes: Los pueblos antiguos que conocían más claramente el arte de vivir o la ciencia de vivir, celebraban durante las épocas difinitivas del año fiestas simbólicas en honor de las divinidades protectoras de la ciudad. Celebraban las de la primavera ruidosa y graciosamente. No querían ver con indiferencia el trabajo que hace la tierra por renovarse, y se abandonaban a la embriaguez enloquecedora de los días repletos de savia como los vasos de diamantes de un convivio suntuoso. Nosotros nos estamos acostumbrando

a vincular al interés de la renovación de las cosas ciertos intereses íntimos nuestros. Es significativo, sin duda, que inauguraremos la labor preciosa de las escuelas bajo la protección de la primavera, porque en una y otra cosa hay un común designio: el designio de vivir bajo nuevas normas y de seguir, adelante, heroicamente, en la vida. Importa a todos esté instante, pero más a ustedes, porque él tiene un supremo valor de iniciación. Un nuevo año de trabajo espiritual tiene que poseer un alto sentido en el campo de nuestros destinos. Y esto puede formularse en una alentadora expresión, robusta de esperanza perpetua y de eternidad: «aprender a vivir». En contra de la fórmula mortal: «vivir por vivir.» Yo los llamo a ustedes, urgentemente, a la consideración de estos hechos, porque si cada día de nuestro vivir, porque si cada uno de los minutos de los días de nuestro vivir, tiene un valor definitivo en nuestra conducta, mayor razón hay para aprovechar con religioso fervor estas horas —como la actual— que marcan severamente los términos de nuestro desenvolvimiento interior. No están caprichosamente reunidos aquí: hay delante de ustedes algo grande, esto grande revestido de justicia, que desde el seno de lo infinito viene al hombre en propicios momentos para llamarlo a vocaciones o a oficios magníficos. Van a iniciarse en las tareas de un nuevo curso lectivo; pero es preferible a esto, iniciarse en nuevas formas de vivir, en depurar nuestros deseos, para fortalecer nuestras devociones, para aplicar nuestras energías a objetos dignos, para tomar resoluciones vigorosas, para dejar detrás de nosotros todo el mal que venimos haciendo, para poner sobre las fuerzas de nuestro corazón todo el bien que nos es dable hacer, para desvestirnos de nuestra debilidad y querer ser fuertes, de nuestros temores y querer ser valientes; para libertarnos de una pasión torpe, para conquistar una nueva virtud, para ser hombres, para vencer al tiempo y a la muerte. Intensifiquemos en esta hora

(1) Que iban a ser leídas al inaugurarse el curso lectivo de 1920.